

eva ruiz

EL AMOR QUE NO CESA



PINTURAS

Portada: **Interior Hernandiano II**
Óleo sobre lienzo
60 x 82 cm.

LOS PAISAJES afectivos de Eva Ruiz

La pintora oriolana Eva Ruiz nos tiene acostumbrados en sus recientes exposiciones a propuestas artísticas transparentes, rigurosas en las técnicas utilizadas, comprometidas con los paisajes afectivos y siempre intimistas de su propio palpitar humano y por ello también reconocibles para todos los oriolanos, sin simplismos ni mixtificaciones, de verdad y por ello sinceras. Su identificación con la poética de Miguel Hernández va más allá de esa plasmación de lugares entrañablemente ligados al universal poeta oriolano, pues su percepción de dichos espacios geográficos, gastados a nuestros ojos por la cotidiana presencia, es nueva siempre en ella, ilusionante y, especialmente, cercana a quien se sintió cantor de las esperanzas y sueños de todo un pueblo.

El Ateneo de Madrid, institución cultural en la que la libertad y las Humanidades en su más amplia expresión (Bellas Artes, Literatura, Escultura, tertulias, etc.) fueron sus señas de identidad y que tuvo entre sus asiduos visitantes a Miguel Hernández, fue el primer espacio expositivo de Rafael Alberti en aquellos años veinte tan intensos. Ahora Eva Ruiz, vanguardista en su clásica paleta, innovadora en su visión íntima y transparente de los rincones hernandianos de Orihuela, muestra en la Docta Casa los frutos de un permanente recuerdo a Miguel Hernández, más allá del centenario de su nacimiento. Si entre los seculares muros del Ateneo nuestro poeta recitó versos comprometidos en

los años precedentes a la Guerra Civil, ahora Eva Ruiz nos ofrece con vivos colores –a la vez callados y silenciosamente bellos– paletadas de una presencia viva del poeta en su pueblo, en el LXXV aniversario del alistamiento del poeta oriolano en el Quinto Regimiento, el 23 de septiembre de 1936, y casi ocho años después de la celebración, también en el Ateneo madrileño, de un memorable homenaje a los coetáneos del oriolano, en el marco del II Congreso Internacional sobre su figura, promovido por nuestra Entidad, la Asociación de Amigos del poeta y otras instituciones.

La Fundación que lleva el nombre del poeta no podía permanecer ajena a la organización de esta memorable exposición y mostró desde el principio su propósito de colaboración entusiasta. Juan Ramón Jiménez, frente a la ilusión de un grupo de jóvenes oriolanos que pretendían impulsar la revista literaria *Silbo* en la primavera de 1936, les respondió: “¿Y nos es nadie la ilusión?”. Por ello, con modestia, pero también con una tremenda ilusión, apoyamos esta muestra de Eva Ruiz, artista ya reconocida y que, como Miguel Hernández, sabe que en las manos del artista reside el mágico don de metamorfosear la cotidianeidad en belleza, aunque ésta sea, en muchos lienzos de Eva Ruiz, invisibles a los ojos y que, por ello, sea preciso contemplarlos con la sensibilidad del corazón.

Juan José Sánchez Balaguer
Director de la Fundación Cultural Miguel Hernández



Retrato de Miguel Hernández. *Óleo sobre lienzo. 90 x 60 cm.*

TRASCENDER la apariencia

Mirar un cuadro de Eva Ruiz es siempre una auténtica experiencia estética: por el placer sensible que producen sus trazos serenos y virtuosos; por el magistral manejo del color y el milagro permanente de la luz que reinventa en cada cuadro. Si, además, sus obras refieren a Miguel Hernández, forma y fondo alcanzan una singular armonía; porque en Eva Ruiz late el espíritu del poeta, porque los versos y el paisaje de Miguel Hernández alientan su universo creativo y son parte consustancial de su ser. En El amor que no cesa, a través de una pintura figurativa y en ocasiones cuasi fotográfica, se recrean lugares, objetos o rostros que son iconos en el universo hernandiano y, al tiempo, señas de identidad de una Orihuela orgullosa de su herencia cultural. Esta exposición, en la que las imágenes tienen el poder de convocar la auténtica realidad –en sí misma tantas veces inaprensible– es también una invitación al espectador, una incitación a emprender viaje y a encontrar en Orihuela las huellas del poeta. Eva Ruiz señala el camino y deja marcados los hitos fundamentales de ese peregrinaje, que debe empezar en La Casa

Museo –la serie Interior hernandiano es buena prueba de ello–, proseguir por caminos y veredas con el trasfondo de la sierra y terminar con una Panorámica de Orihuela al atardecer.

Que esta exposición, que sentimos tan nuestra, se muestre en el corazón cultural de Madrid es un magnífico colofón para el Centenario. Y el diálogo fructífero entre el talento creador de Eva Ruiz y lo más excelso de nuestra herencia literaria, la mejor manera de proyectar en el exterior el renacer cultural de nuestro municipio.

Ana Mas de Sanfélix
Concejala de Cultura
Excmo. Ayuntamiento de Orihuela



Panorámica de Orihuela al atardecer. *Óleo sobre lienzo.* 116 x 146 cm.

EL AMOR que no cesa

En la intimidad de la pintura, Miguel Hernández como poeta *de y en* Orihuela se hace visible como si fuera la primera vez que lo viéramos. Soslayando aspectos mas conocidos de la vida del artista, el dramático final o los tópicos como el tan gastado del poeta-pastor junto al no menos convencional del poeta revolucionario, la pintora Eva Ruiz, ella también oriolana, ha abordado, por el contrario, el mundo que rodeaba y amaba el artista, lugares, objetos y personas, de ahí el nombre de la exposición *El amor que no cesa*, que altera, significativamente, el título de uno de los poemarios mas conocidos de Miguel Hernández. El amor y no el rayo, la atmósfera de afecto que todo lo envuelve y no el golpe deslumbrante sobre la conciencia como hilo conductor de esta obra. Una exposición que ofrece el cuerpo de la palabra en la pintura, aproximándose no al hombre de acción sino al que desde la soledad recibe, se hace partícipe del tiempo ancestral depositado en la tierra y en la casa de la infancia. La exposición de Eva Ruiz habla, precisamente, del color convertido en suelo y luz de Orihuela. Porque la pintura tiene ese

privilegio, el de ser tierra además de pigmento y precisamente por ello, convertirse en germinación de una voz y una mirada, la de la poesía de Miguel Hernández, que todavía se escucha en estas estancias de una casa habitada y, ahora, ausente.

No se trata, por tanto, de una traslación, de un intento de *ilustrar* las imágenes que la palabra del poeta convoca sino de establecer un diálogo entre una y otra, entre poesía y pintura, haciendo visible la atmósfera que rodeó a Miguel Hernández, el mundo que siempre le acompañó, como una piel protectora, allá donde fuere. Por esta razón se muestra junto a las pinturas una selección de poemas, actuando una y otra como ecos y reflejos de una manera de sentir y mirar, jamás como espejos. La palabra y la imagen como una bisagra que abre y cierra al mismo tiempo el espacio poético y la pintura. Eva Ruiz nos entrega otra visión, aquello que, literalmente, el poeta *miraba*. El paisaje interior y exterior de Miguel Hernández, por tanto, como un acto de amor continuado, repetitivo, infinito hacia las gentes y el lugar, pero también hacia la casa, muebles y objetos, de esa primera casa que siempre nos acompaña pues como recuerda



Retrato de Josefina Manresa. *Óleo sobre lienzo*. 79 x 48 cm.

Gastón Bachelard, *cuando se sueña en la casa natal, en la profundidad extrema del ensueño, se participa de este calor primero, de esta materia bien templada del paraíso material*¹. La casa propia y el paisaje, espacios de cobijo de la palabra poética visibles en la pintura de Eva Ruiz.

Esta exposición trata, en definitiva, de los recintos de Miguel Hernández, la casa y la tierra, la raíz, el lugar inicial del acto poético tejido con el cuerpo del propio poeta y el de aquellos a los que amó, su mujer y su hijo, su familia que aparecen, precisamente, en esta exposición como figuras en blanco y negro como si la carne de óleo se hubiera impregnado en las sombras de la ausencia, en realidad, las ausencias.

Paisaje en carne viva

La pasión amorosa del poeta, de los lugares, de las cosas, de las personas como hilo conductor de una pintura que, al igual que la poesía de Miguel Hernández está tejida con los nervios del cuerpo del poeta, una tierra que necesitaba físicamente para existir como él mismo nombra en el poema *El silbo de afirmación en la aldea* donde no deja de subrayar frente al suelo de la ciudad tapiado, cerrado, que no deja crecer yerba o brizna de matorral, el suelo de la aldea poroso y vital: *Iba mi pie sin tierra, ¡qué tormento!*. La pintura de Eva

Ruiz convoca esta mirada que el poeta tenía del paisaje como carne, vida palpitante inundada por esa peculiar luz que hace que personas y lugares formen un mismo entramado. Incluso, en sus últimos poemas, reivindicando la libertad suprema de toda persona, el poeta se asocia, se identifica plenamente con un árbol:

Para la libertad sangro, lucho, pervivo. /Para la libertad, mis ojos y mis manos, /como un árbol carnal, generoso y cautivo, /doy a los cirujanos.

(Miguel Hernández: *El Herido*)

Paisaje del sur, que casi quema la retina, donde parece que nada ocurriera bajo ese manto de quietud y modorra. Un silencio aletargado que envuelve, en realidad, un mundo en permanente convulsión. Paisaje luminoso e iluminado desde su interior que, a pesar de su aparente aridez, está recorrido de pasión y muerte, de amor y sensualidad. Paisajes de pintura como *Luná*, habitado por un rebaño de cabras tan queridos por Miguel Hernández. Campos amados como el hermoso díptico titulado *Paisaje al atardecer con palmeras*, abierto a la tierra y la huerta, o el evocador *Paisaje de palmeras y un camino*. Unas pinturas donde, si se presta atención, es posible escuchar la voz del propio poeta:

Alto soy de mirar a las palmeras, /Rudo de convivir con las montañas...

¹ Gastón Bachelard: *Poética del espacio*. Mexico, Fondo de Cultura Económica,



Luná 1. Óleo sobre lienzo. 38 x 55 cm.

En la ciudad, por el contrario, el poeta no puede sentir el aire que le rodea sin asfixiarse, no hay espacio posible donde descansar, sólo nostalgia de la gravedad. Allí, entre calles y aceras que apagan el sonido de lo vivo, Miguel Hernández se ve a sí mismo flácido de cuerpo, una piel sin armazón que lo sustente; allí, en la ciudad que ha olvidado el olor de las flores, de la tierra mojada o el aliento del sol, el poeta necesita transformar, por ejemplo, escaleras y ascensores en agua y aire; pero, esos elementos vitales, necesarios para poder existir, sin embargo, nada pueden sujetar en el paisaje urbano pues debajo no hay suelo, no hay tierra, sólo el lugar de un hueco inhóspito y deshumanizado:

To me vi bajo y blando en las aceras/de una ciudad espléndida de arañas./Difíciles barrancos de escaleras,/calladas cataratas de ascensores,/¡Qué impresión de vacío!/ocupaban el puesto de mis flores, los aires de mis aires y mi río.

(Miguel Hernández:
El silbo de afirmación en la aldea, 1935)

Toda su poesía está recorrida de esa semejanza entre su cuerpo, su voz poética y la tierra que le envuelve. Una relación con el paisaje tan notoria que fue lo primero que vio Pablo Neruda del poeta cuando lo vio por primera vez donde, parecía, dice, que un aura de tierra rodeaba su contorno, es más, que su propio cuerpo era directamente tierra: *Tenía una cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva fresca subterránea.*

Escenas de un interior ensimismado

La misma personalización, una necesidad de dar sangre y carne a lo inerte, la encontramos en la casa que Miguel Hernández habitó en su infancia y que, en las palabras encendidas de su poesía, vislumbra como un ser vivo que se prolonga en la tierra y en los hombres. Primero como naturaleza, la casa ancla la dispersión del cosmos en un lugar, *es* lugar. Así, imagina que cuando llueve la madera de los muebles recuerdan su origen y reverdecen; que la cama es jazminero y toda la casa un palomar.

Una casa como el universo abierta a la aurora, a la noche o al viento. Pero la casa es, también, cuerpo, un ser en perpetua transformación, extraordinariamente cambiante, capaz de morder y besar, de expulsar y abrazar, de vigilar y, sin embargo, al mismo tiempo, proteger:

Todas las casas son ojos/que resplandecen y acechan.

Todas las casas son bocas /que escupen, muerden y besan.

Todas las casas son brazos / que se empujan y se estrechan...

(Miguel Hernández:
Cancionero y romancero de ausencias)

Una casa que el poeta recordará especialmente cuando ya no está en ella, cuando sólo puede contemplarla en la lejanía de una atroz celda. La



Miguel Hernández en su adolescencia. *Óleo sobre lienzo.* 16 x 33 cm.

casa primera, no por casualidad, marcará con su presencia los poemas póstumos del *Cancionero y romancero de ausencias*, escrito entre 1938 y 1941, unas fechas importantes en la vida del poeta, terminado un año antes de morir y comenzado tras la muerte de su hijo Manuel Ramón y el desenlace sombrío de la guerra. En este estremecedor poemario, sobre el que planea la muerte y sus sombras, la casa es lecho y hoyo, universo y ataúd. Será precisamente en la memoria inscrita en las paredes, en los muebles *despintados por las gotas*, donde el poeta leerá su dolor como si los muros desgastados de la casa, los utensilios, las sillas que un día le abrazaron fueran un mapa, un texto de *cenizas latentes*, capaces de contener en clave toda su vida.

Y a un grito todas las casas/ se asaltan y se despueblan

Y a un grito todas se aplacan,/ y se fecundan, y esperan

(Miguel Hernández:
Cancionero y romancero de ausencias)

Casa desocupada, asaltada pero también a la espera tal y como la ha pintado Eva Ruiz en una atmósfera en suspenso donde todo lo que contiene parece a punto de anunciar algo nuevo e irreplicable.

Para María Zambrano, amiga del poeta en los difíciles primeros años de su estancia en

Madrid, es necesario *rescatar la pasividad despertándola*², paradoja que vislumbramos paseando por y a través de estas pinturas en silencio donde la alcoba y la cama, los platos y vasos, o los cacharros en la cocina son los auténticos depositarios de la voz que quebró para siempre en una penal de Alicante. En una primera visión parecería un ambiente *pobre*, cuando es, por el contrario, esencial, ascético. De hecho, resulta difícil mirarlos puesto que hemos perdido el don de la simplicidad que diría nuestra gran pensadora, oscurecido por el valor de lo inmediato, por el implacable dictamen del presente. Necesitamos cierto aprendizaje para mirar estos cuadros, cierto detenimiento, casi estoy tentada de decir cierta pasividad, que nos permita acompañar nuestra mirada al tiempo suspendido y ensimismado de la pintura. Sólo entonces, será posible abismarse en los espacios desocupados y a la espera que esta obra propone.

En estas pinturas de Eva Ruiz, auténticos cuadros dentro del cuadro, por la sabia utilización de puertas y ventanas como marcos *en* el interior de la propia pintura, asistimos a una inquietante perturbación, a un extrañamiento de lo cotidiano que nos sobrecoge. De hecho, mirando estas pinturas tenemos la sospecha de que este espacio familiar es el auténtico recipiente, matriz reveladora, de la poesía de Miguel Hernández. Así, sencillos objetos y muebles de una casa popular de Orihuela se vuelven misteriosos,

² María Zambrano: *Los bienaventurados*. Madrid, ed. Siruela, 2004, p.13

enigmáticos, y cada palmo de mantel o de sábana, cada fogón y cacharro de cocina acertijos de la poesía de Miguel Hernández encarnada en la luz de las estancias.

El rostro de los lugares

Por último, la exposición se detiene en unos espléndidos retratos al óleo de la familia Miguel Hernández, de su mujer Josefina, o de Josefina y su hijo y, sobre todo, del propio poeta que, dolorosamente para nosotros, unas veces nos mira sonriente desde la tapia del cementerio de Orihuela; en otras, recortado por el arabesco de azulejos en una casa de Jaén, acaba de levantar la mirada de un carta o un poema que está escribiendo; o un bellissimo Miguel adolescente y, especialmente significativa para esta exposición, un melancólico Miguel mirando absorto hacia la sierra de la Muela, tantas veces contemplada y cantada en sus versos. Fotos que terminan por *punzar* al espectador en lo mas hondo pues sabe de qué drama son testigos, exactamente, esas imágenes que proceden de nuestra terrible historia y se dirigen como un destello a nuestra memoria. Fotografías, de pose antigua y olvidada, ellas en verdad *nos miran directamente a los ojos*. Pero solo la pintura, frenando el momento del instante, ese minuto exacto en el fueron tomadas las fotos, es capaz realmente de dar gravedad y peso a esos cuerpos; solo la materia de la pintura puede fabricar *un recuerdo*, retener el tiempo y volver transparentes los rostros y los cuerpos de la poesía:

*El amor ascendía entre nosotros/como la luna
entre las dos palmeras/que nunca se abrazaron (...)
Pasó el amor, la luna, entre nosotros /y devoró los
cuerpos solitarios,/Y somos dos fantasmas que se
buscan/y se encuentran lejanos.*

(Miguel Hernández:
Cancionero y romancero de ausencias)

Eva Ruiz tenía, finalmente, que dar un rostro concreto a la voz y el paisaje del poeta; una fisonomía de esa intimidad, necesaria para reconocer el centro del mundo poético de Miguel Hernández. La pintura y la poesía como retrato que se hace explícita en los montajes pintados donde se fusiona la cara y el lugar como en *Miguel y Josefina sobre una panorámica de Orihuela* o *Paisaje de árboles y retrato de Josefina*, rostros que flotan sobre el paisaje y la ciudad de Orihuela, tan parecida al poeta, tan igual en su esencialidad que me hacen pensar en la imagen última que Miguel Hernández tenía de su propio cuerpo transformado, libre de todas la ligaduras y , al fin, convertido en aire:

*¿Cuándo, pájaro, yegua,/cuándo, cuándo cometa:
di, cuándo , cuándo árbol?
Cuando mi cuerpo vague/asunto ya del aire*

(Miguel Hernández:
El silbo de las ligaduras, 1934)

Mercedes Replinger
*Profesora de Historia del Arte Contemporáneo
en la Facultad de Bellas Artes
de la Universidad Complutense*

Sentir la Luz

Dijo el poeta Eloy Sánchez Rosillo que la asombrosa luz de Murcia le quita hierro a todo. Es un fulgor transparente, en efecto, que mana desde el fondo de la tierra y envuelve con su calidez todo lo vivo. Imposible olvidar la luz de Murcia una vez que uno ha tenido la suerte de impregnarse de su belleza. Eva Ruiz traduce al lienzo esa sensación de sinestesia que supone la luz en las tierras del sureste. Porque el sol se huele, se oye, se palpa y se ve en los cuadros de esta pintora auténtica, directa, de mirada franca y pincel nítido. Eva sabe mirar, como los sabios, de cerca y de lejos. Observa el paisaje en su magnitud con la libertad de un pájaro que sobrevuela el infinito. Del mismo modo que es capaz de acercarse, prestar atención al gesto de una niña absorta flanqueada por dos galgos que la protegen, acaparando a su vez toda la anchura del mundo de derecha a izquierda, desde alfa hasta omega. Delicada y exquisita,

corona una tímida buganvilla con el título de reina, centro de la creación a nuestros ojos. Tiene Eva Ruiz el poder de guiar nuestra mirada a través de la realidad y posar suavemente nuestros ojos con igual mimo sobre lo grande y sobre lo pequeño.

Pasear a través de la obra de Eva es recrear nuestro entorno desde de la magia de la sencillez y la fiesta de la quietud. Su mirada enriquece el paisaje, los rostros, el declinar del tiempo. Y esa riqueza nos honra y nos obliga a reflexionar, a volar, a sentir la luz. Eva Ruiz, demiurgo del sureste, manos y ojos imprescindibles.

Raquel Lanseros



Miguel y Josefina. *Óleo sobre lienzo.* 41 x 33 cm.

La Luz

A cercarse a la figura de Miguel Hernández con sensibilidad, con amor y sin artificios ni trampas de oficio. como Eva Ruiz lo hace, no es habitual. Estamos acostumbrados desde hace un tiempo a anteponer la propia personalidad a la de Miguel. Pero no es así en el caso de Eva, que lo hace desde la humildad y la emoción reverente hacia el hombre, a su entorno, a lo que veía y vería hoy como ayer lo miraba: con el amor de un hombre, de un hombre sencillo que amaba su tierra, su familia, sus amigos...y la luz.

Eva sube un escalón más en su trayectoria artística y nos muestra en su obra a un Miguel tal cual era y sentía. Y deposita al recuerdo del poeta todo su caudal de buen hacer en una obra memorable, elegante, plena de matices y notas, como en una sinfonía.

Federico Chico
Pintor



Paisaje de árboles y retrato de Josefina. *Óleo sobre lienzo. 50 x 60 cm.*

Esta exposición está comisariada por Mercedes Replinger con el apoyo de la Agrupación Ateneista "*Juan Negrín*".

Patrocina: Fundación Cultural Miguel Hernández

Colabora: Ayuntamiento de Orihuela. Concejalía de Cultura.

Edita: Fundación Cultural Miguel Hernández

Diseño: Víctor Sánchez Balaguer

Impresión: Selegráfica

Depósito Legal: MU-1.846-2010

Patrocina:



fundación Cultural
Miguel Hernández

Colabora:



**Excmo. Ayuntamiento
de Orihuela**
Concejalía de Cultura



ATENEO DE MADRID



Madrid | 1 al 25 de Septiembre | 2011

ESPACIO PRADO
C/. Prado, 21